

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

La señora G me telefoneó dos semanas después. Me contó que apenas comenzó a tratar de convencer a Mark de que domara esos tigres, el niño le dijo que ya no les temía. Ahora eran los elefantes quienes lo atemorizaban. La señora G le dijo entonces que no había de qué preocuparse pues era muy fácil domar elefantes dándoles de comer queso. Al advertir que Mark se comía el queso, la madre volvió a llamarlo y le dijo que había cometido un error: "Me equivoqué —se disculpó— los elefantes se doman con cebolla cruda y no con queso" y le entregó una. Muy pronto también los elefantes se sometieron al dominio de Mark y éste comenzó a circular por toda la casa sin necesidad de que alguien lo acompañara. Le comenté a la señora G que ella le había brindado a su hijo la más preciada posesión: la valentía. Luego continuamos tratando otros asuntos familiares que la inquietaban.

23

El niño que se comportaba como un perro*

Jason, de ocho años, llegó a mi consultorio cuando su padre me lo trajo porque el niño, independientemente de lo que hicieran los demás, "actuaba como un perro". El padre me dijo que si no hacíamos algo con él inmediatamente, lo enviaría a la oficina más próxima del Departamento de Bienestar Social. Coincidí con él en que, en tales circunstancias, su punto de vista era perfectamente comprensible. Sin embargo, le pregunté si podía darme alguna información más sobre la situación de su hijo.

El padre me contó, entonces, que Jason había sido completamente desatendido por su madre prostituta y que él había obtenido la custodia del niño hacía tres años, no sin innumerables inconvenientes; por ejemplo, al hombre se le había exigido que firmara una orden de no perturbar a su ex mujer. Según él, Jason no había hablado hasta los cuatro años y la primera palabra que había pronunciado era la que comúnmente se utiliza para designar la profesión de la madre. Me contó además, que su ex mujer tenía una marcada preferencia por los perros antes que por los niños y que para ella "los chicos siempre están en segundo lugar". Le pedí que me describiera en qué sentido exactamente "Jason actuaba como un perro" y le pregunté si él mismo tenía un perro actualmente.

Obstinadamente Jason continuaba caminando en cuatro patas y jadeando con la lengua afuera de manera exagerada. La familia tenía un perro llamado Topaz a quien Jason adoraba. Le di al padre de Jason las siguientes instrucciones:

Después de hacerle una advertencia gentil debía dejar pasar tres mi-

*Publicado en *Australian Journal of Family Therapy*, 5, 1, 1984, pág. 63.

nutos en calma y decir: "Topaz está cansado y dolorido de que te burles de él. Topaz no quiere jugar contigo hasta que te comportes como una persona". Luego debía sacar a Topaz al jardín y decirle a Jason que sentía pena por el perro, pero que éste no volvería a entrar a la casa hasta que el niño dejara de "comportarse como un perro".

Vi al padre de Jason un viernes y el lunes, cuando hablamos por teléfono, la cuestión de que Jason "se condujera como un perro" ya no mereció el menor comentario. Por consideración, yo mismo evité volver a mencionar la cuestión.

24

¿Están ustedes peleando limpio o sucio?*

Acepté tratar a Danielle, una niña de 13 años, después de que una asistente social me telefonara y la caracterizara como "una pequeña arpía". La asistente social me dijo que si yo no lograba hacer algo con ella la pondría bajo la tutela del Estado. Acepté verla inmediatamente.

Danielle tenía un aspecto llamativo y encajaba muy bien con lo que Nabokov llamó una "lolita". Tenía un cabello oscuro que le llegaba hasta el dobladillo de la falda. Su actitud oscilaba entre el mal humor y una seductora sonrisa de labios trémulos. La señora S era una vivaz y eficiente mujer de negocios de algo más de cincuenta años. Con un lenguaje vulgar y juvenil me contó que todas sus amistades tenían entre 30 y 40 años y que ella era lo que podría considerarse una madre "joven" en cuanto a su relación con su única hija. El padre de Danielle con quien la señora S se había casado siendo ya mayor, estaba retirado a pesar de ser aún un hombre joven. Sin embargo, a causa de la tensión que se vivía en el hogar, había ido a ocuparse de su salud en el exterior. La señora S comenzó por confiarme que no lograba siquiera cerrar las puertas de un modo que conformara a Danielle, aun cuando intentaba desesperadamente hacerlo. Danielle oscilaba bruscamente entre exigirle y rogarle, de manera siempre exagerada, que se esforzara aún más.

Me acerqué a la puerta y, después de varios intentos, logré descubrir un modo de cerrarla que satisfizo a Danielle y que, según ella misma dijo "no me provoca un dolor de cabeza". Danielle pareció conforme; la madre en cambio se manifestó abatida. Me volví hacia la señora S y le dije: "Usted es demasiado buena madre y una mujer demasiado ocupada para tolerar esto. ¿Cuándo se va a enojar?" Entonces la señora S me mencionó el temor que sentía por su propio mal humor y me contó cómo había llegado a odiar a su propia madre. La escuché en silencio y luego le dije: "Hay algo muy

*Publicado en *Australian Journal of Family Therapy*, 5, 1, 1984, págs. 61-62.